

VICENTE M^a ROIG CONDOMINA
Universidad de Valencia

LA REAL SOCIEDAD
ECONÓMICA DE AMIGOS
DEL PAÍS DE VALENCIA
COMO PROMOTORA DE LAS
BELLAS ARTES: EL EJEMPLO
DE LAS EXPOSICIONES
DEL SIGLO XIX



UNO de los fenómenos más importantes del siglo XIX lo constituyen las exposiciones –tanto agrícolas como industriales o artísticas–, que funcionaron como uno de los grandes motores de la economía y de la cultura; tarea a la que no fueron ajenas las Sociedades Económicas, que llegaron a constituirse en sus principales mentoras. Por este motivo, abordamos en nuestro artículo el relevante papel que la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia ejerció en la promoción de las artes plásticas durante el siglo XIX a través de las exposiciones, con las que logró dar a conocer a un buen número de importantes artistas en ciernes, así como aproximar el arte contemporáneo a un amplio público.

Coincidiendo con la decadencia del Liceo Científico, Literario y Artístico de Valencia, la Real Sociedad Económica de Amigos del País pasó a convertirse durante algún tiempo en la principal institución valenciana que entre sus objetivos incluyó el de organizar exposiciones artísticas.

Aun cuando la Sociedad Económica venía patrocinando exposiciones públicas de carácter general desde principios del siglo, éstas se atenían a exhibir objetos de primera educación, artesanía y fabriles, que la institución premiaba cada año, pudiendo verse solo ocasionalmente alguna obra de mérito artístico, si exceptuamos los trabajos que presentaban los alumnos de la Academia de San Carlos que, siendo oficiales o aprendices de algún oficio, se hallaban más adelantados en el dibujo.

No obstante, a partir de 1839, fiel a su propósito de fomentar todos los sectores económicos valencianos, la Sociedad de Amigos del País fijó su atención en una industria que al parecer había quedado aletargada entre nosotros: la tipográfica; pretendiendo que sus exposiciones anuales sirviesen de aliciente para su desarrollo. De este modo, y desde tal momento, una serie de jóvenes grabadores, conducidos por Teodoro Blasco Soler y Tomás Rocafort, empezaron a tomar parte en los certámenes anuales de la Sociedad como medio de que sus adelantos y habilidades fuesen reconocidos. Igualmente, atendiendo la

Sociedad Económica a la promoción de una tradicional industria valenciana, la de la abaniquería, fueron varios los litógrafos que asimismo concurren con sus muestras para telas de abanicos, destacándose entre ellos Antonio Pascual Abad.

Desde 1844, en los certámenes anuales de la Sociedad Económica, comenzó tímidamente a diferenciarse una sección dedicada a las bellas artes, al acordar la Comisión Especial de Exposición Pública “que admitiría gustosísima toda clase de labores y artefactos, desde las groseras manufacturas de espartería hasta la sedería más exquisita”.¹ Y aunque en estas exposiciones continuarían manteniendo su primacía aquellos trabajos que conllevaban una mayor aplicación a la industria, en ocasiones novedosa, como la fotografía, no fueron pocos los artistas principiantes y aficionados, y en menor medida los profesores y artistas profesionales, que presentaron sus trabajos con el objeto de que fueran conocidos por el público.

A raíz de la exposición de 1844, la Sociedad Económica generalizó en los subsiguientes certámenes la presencia de una sección destinada a las Bellas Artes, distinguida de la de Industria y Artes. Pasó, desde entonces, la Sociedad Económica a ser la institución valenciana que asumió la actividad de promocionar las bellas artes por medio de su manifestación pública; verificándolo en sus exposiciones anuales, de modo ininterrumpido, en este primer momento, hasta 1848. Por otra parte, el Liceo había entrado en decadencia y entregado al olvido sus exposiciones artísticas después de 1845, y aunque el carácter de las de la Sociedad Económica era general y continuaban abiertas a productos agrícolas e industriales, su sección destinada a exponer obras artísticas superó las proporciones de los salones del Liceo; tampoco era la Sociedad Económica tan restringida ni elitista, ni con los expositores ni con el público, así que permitió el que muchos autores dieran a conocer sus trabajos y que unas capas más amplias los pudiesen reconocer. Al igual que en las exposiciones anteriores, figuraron siempre las obras de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes dedicados a arte o fábrica, así como objetos artesanales de muy diversa procedencia, pero el interés artístico derivó a unas cotas más elevadas y de mayor inspiración.

La Exposición Pública de 1845 se vio tan favorecida por la presencia de las bellas artes que fue necesario destinar una sala exclusiva para tales contingentes; pudiéndose ver en aquella ocasión obras de Bernardo López, Luis Téllez, José Parra, Miguel Pou, Rafael Montesinos y Ramón Amérigo, artistas valencianos de los más celebrados en aquellos momentos.² La de 1846 llegó a compararse con las más importantes que se realizaban en España.³ Y la de 1847, la

¹ Archivo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia (en lo sucesivo A.R.S.E.A.P.V.), *Papeles relativos a la Exposición Pública anual acompañando al “Informe de la Comisión Especial de Exposición Pública”, 1845, II Industria y Artes, n. 8. Informe de la Comisión Especial...*, Valencia, Benito Monfort, 1845, p. 1.

² Cfr. “Exposición pública”, *Diario Mercantil de Valencia*, 14 diciembre 1845, pp. 2 y 3.

³ Vicente Boix, “Exposición pública”, *El Fénix*, Valencia, 20 diciembre 1846, pp. 172-174.

más completa y mejor organizada de cuantas se habían realizado en Valencia, reflejaba de modo claro la realidad artística de la ciudad a mediados del siglo; congregando, al tiempo que discípulos y artistas noveles, alrededor de una docena de los más destacados artistas valencianos, entre ellos Vicente López; pudiendo, además, observar el público las primicias de la naciente pintura costumbrista de Valencia.⁴

Sin embargo, la Exposición Pública de 1848 fue, al contrario de lo que había sucedido con las anteriores, poco concurrida en general y, particularmente, en su sección artística.⁵ Motivo éste por el que la Sociedad Económica tomó la decisión, en la junta ordinaria verificada el 7 de marzo de 1849, de celebrar sus exposiciones cada tres años.⁶

En la primera de las exposiciones de esta nueva serie, la celebrada en 1851, quedaron ya diferenciadas de modo claro tres secciones: Agrícola, Industrial y Artística. Lamentablemente, tampoco en esta ocasión fue secundada la convocatoria por el grueso de artistas valencianos que gozaban de mayor popularidad. Entre las excepciones más significativas se habrían encontrado los profesores José Romá, Vicente Castelló, Rafael Montesinos, Teodoro Blasco y Tomás Rocafort, aunque no parece que ejecutaran obra alguna ex profeso para el acontecimiento. Al margen de unos pocos autores que disfrutaban de una discreta popularidad, abundaron, por el contrario, los aficionados y, sobre todo, los principiantes y estudiantes, algunos de los cuales eran todavía de tan corta edad que difícilmente sus trabajos dejarían entrever algo más que una buena o moderada disposición, como Bernardo Ferrándiz, Salustiano Asenjo o José Brel.⁷

En su siguiente exposición, celebrada en 1855 para que coincidiese con el 4º centenario de la canonización de San Vicente Ferrer, la Sociedad Económica recurrió a hacer un llamamiento tan amplio como nunca hasta entonces se había hecho para un certamen valenciano. Y aun cuando nunca se la calificó de Exposición Regional, se admitieron en su convocatoria los “Productos de todos los pueblos del Antiguo Reino de Valencia con los agregados de reciente y que antes habían pertenecido a la provincia de Cuenca”.⁸

Comparada con su predecesora de 1851, no cabe ninguna duda de que sus resultados fueron muy superiores; aunque la crítica denunció otra vez el retrai-

⁴ Véase Vicente Boix, “Exposición pública general de 1847”, *Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País*, Valencia, 1847, tomo IV, pp. 511-514.

⁵ Vicente Boix (por la Comisión), “Exposición pública general celebrada por la Sociedad Económica de Valencia”, *Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País*, Valencia, 1849, p. 265, y “Exposición pública valenciana de 1848”, *Revista Edetana*, Valencia, 17 diciembre 1848, p. 243.

⁶ A.R.S.E.A.P.V., *Libro de Actas de la Sociedad Económica de Amigos del País. Comprende los años de 1844 a 1851*, vol. XI. Junta Ordinaria de 7 de marzo de 1849.

⁷ Cfr. Fernando Herbás, *Catálogo de los objetos que se han presentado a la Exposición pública que celebra la Sociedad Económica de Amigos del País en diciembre de 1851*, Valencia, 1851.

⁸ A.R.S.E.A.P.V., *Programa y propuestas para la exposición pública que ha de tener lugar el próximo año 1855*, 1854, II Industria y Artes, n. 5.

miento de ciertos profesores acreditados, así como la carencia de un jurado que hubiese restringido la presencia de algunas obras de escaso mérito; reprobándose, además, los numerosos premios que se concedieron, los cuales, no pasando en la práctica de ser honoríficos, en poco contribuían a conferir algún prestigio a las recompensas, y mucho menos de servir de ayuda material a los esfuerzos de determinados artistas.⁹

Hasta 1860 no celebró la Sociedad Económica una nueva exposición. Pero ésta, lejos de significar una superación de sus antecesoras en su vertiente artística, vino a suponer todo lo contrario, siendo extremo el vacío de los artistas más celebrados. Es cierto que el momento histórico que se atravesaba, plagado de conflictos nacionales e internacionales, no era en exceso halagüeño; debiéndose añadir a tan lamentable estado el siempre presente fantasma del *cólera morbo*; tampoco obedecía la exposición a un motivo señalado que fuera causa de mayor ánimo, como su antecesora de 1855, que tampoco por ello dejó de sufrir enormes dificultades, y además, aquel mismo año, también había de celebrarse, en Madrid, la Exposición Nacional.

Con motivo del segundo centenario de la instalación de la imagen de la Virgen de los Desamparados en su capilla, el Ayuntamiento de la ciudad decidió organizar una serie de festejos conmemorativos, para lo cual invitó a colaborar a las distintas corporaciones oficiales y de carácter benéfico, así como a las personalidades más destacadas. Para llevar a efecto los trabajos necesarios se formó una numerosa junta, la cual, en una gran reunión celebrada el 5 de diciembre de 1866, acordó, entre otros extremos, “invitar a los pueblos todos del antiguo reino, para que contribuyeran a la solemnidad”. Correspondiendo a la invitación, la Sociedad Económica se ofreció a organizar una gran exposición agrícola, industrial y artística¹⁰ que, dependiendo de la respuesta que se obtuviese y encontrándose un local apropiado, podía llegar a tener carácter de regional.

El 8 de enero de 1867 quedó constituida, bajo la presidencia de su director, Vicente Lassala y Palomares, la Comisión de Exposición que la Sociedad Económica formaba de su seno para organizar el certamen que pretendía verificar. Entre los primeros acuerdos que se tomaron, se decidió invitar a que prestasen su apoyo y concurso a los gobernadores civiles de las provincias de Valencia, Alicante, Castellón y Murcia; a las Diputaciones de las mismas provincias; a las Sociedades Económicas de Alicante, Murcia y Cartagena, a la Sociedad Valenciana de Agricultura, a la Academia de San Carlos, a la Universidad Literaria, al Colegio Mayor del Arte de la Seda, al Instituto Industrial de Alcoy, al Círculo de Labradores de Castellón, a las sociedades recreativas de las cuatro pro-

⁹ Cfr. “Exposición pública valenciana de Bellas Artes”, *Las Bellas Artes*, junio 1855, nº 18, pp. 185-192.

¹⁰ Cfr. Vicente Boix, *Memoria histórica de las fiestas celebradas en Valencia con motivo del 2º centenario de Nuestra Señora de los Inocentes Mártires y Desamparados, en el mes de mayo de 1867*, Valencia, 1867, pp. 7-24.

vincias y, de modo particular, a todos los productores y artistas que hubiesen “sabido conquistarse un nombre merecido”; procurando por todos los medios convencerles de las ventajas de presentar sus productos. El proyecto fue acogido de modo muy favorable por la generalidad de las instituciones invitadas, que rápidamente se ofrecieron a prestar, según sus posibilidades, su colaboración.¹¹

El 16 de marzo de 1867 la Comisión de Exposición de la Sociedad Económica decidió dividirse en subcomisiones, quedando formada la de Industria y Artes por Baltasar Settler, Rafael Vives, Tomás Solá, Francisco Aparici, Francisco Monfort y Ricardo Beneyto. Atendiendo al llamamiento, la Academia de San Carlos, por su parte, nombró una comisión compuesta por el canónigo Francisco de Paula Peris; Elías Martínez, catedrático de Anatomía; Salustiano Asenjo, catedrático de Teoría e Historia de las Bellas Artes, y Manuel Blanco y Cano, catedrático de Topografía y Agrimensura, para establecer juntamente con la Sociedad Económica las bases en que debía fundarse su cooperación al concurso regional.¹²

Una de las primeras dificultades que encontró la Sociedad Económica fue la búsqueda y elección de un local apropiado para establecer la exposición. Dentro del casco urbano no había ninguno disponible que fuese capaz de albergar los variados y numerosos objetos que se habían de remitir, por lo que al final se reparó en el edificio del exconvento de San Juan de Ribera, pues se hallaba inmediato a la ciudad y ofrecía espacio suficiente.

El edificio fue convenientemente habilitado para la exhibición, realizándose en él obras de cierta importancia y al parecer, según los comentarios de la prensa, muy adecuadas; habiéndose transformado completamente su aspecto para el acto. En el centro de la extensa fachada del edificio se abría un gran vestíbulo de entrada, sostenido por cuatro colosales columnas jónicas, a cuyos lados se extendían dos alas con cuatro series de cinco grandes ventanas cada una de ellas, ostentando en su cuerpo central las siguientes inscripciones: “Sociedad de Amigos del País. Año 1867. Exposición Regional. Agricultura, Industria, Artes”. Sobre el frontón que coronaba este cuerpo se veía un grupo de estatuas que simbolizaban aquellas profesiones, y en un elevado mástil flotaba sobre ellas la enseña nacional, levantándose detrás una airosa torrecilla, coronada también por cuatro banderolas con los mismos colores. El vestíbulo se hallaba adornado con mosaicos de la fábrica Nolla; siendo de destacar la figura de un león que se hallaba sobre su puerta, en cuya construcción habían entrado sobre diecisiete mil piezas y el cual formaba parte de un riquísimo pavimento que la fábrica construía para la Reina. A un lado y otro de la puerta, en letras también de mosaico, se leía esta inscrip-

¹¹ Cfr. A.R.S.E.A.P.V., *Comisión de Exposición. Contestaciones recibidas*, 1867, IX Exposición Regional, n. 2.

¹² Cfr. A.R.S.E.A.P.V., *Exposición Regional. Actas en limpio de 1867*, 1867, IX Exposición Regional, n. 10. Sesión del 19 de febrero de 1867.

ción: “Exposición Regional en el centenario de 1867. A la Sociedad Económica, la fábrica de Nolla y Sagrera”.

Atravesando el vestíbulo se penetraba en un anchuroso recinto interior, en el que se habían levantado varias construcciones. En el centro del gran patio del convento se encontraba un espacioso pabellón destinado a las bellas artes. Era de forma rectangular, cerrado por tres lados y abierto por el anterior, y tenía veinte metros de fachada por veinticuatro de fondo, cubriendo un área de cuatrocientos ochenta metros cuadrados. El salón central, cuyas dimensiones eran doce por dieciséis metros, se apoyaba en catorce columnas de hierro de cinco metros de altura, sobre las que se elevaba una armadura de madera, con ligeros tirantes y pendolón de hierro, dejando lugar a una serie de ventanas, de un metro de altura por tres y medio de longitud, por donde recibía la luz, y que estaban cubiertas de transparentes en los que se leían los nombres de *Gomis*, el distinguido músico; *Compte*, el arquitecto que construyó la Lonja; *Tosca*, el sabio matemático; los de los célebres grabadores *Enguídanos* y *Esteve*; los de los escultores *Vergara* y *Esteve*; los de los pintores *Espinosa*, *Ribalta*, *Juanes* y *Ribera*; *Pons*, autor del *Viaje de España*, y los de los poetas *Gil Polo* y *Ausias March*. Alrededor del paralelogramo que formaba el salón central, corría una galería de cuatro metros de anchura, alumbrada por doce claraboyas de cuatro metros cuadrados. Esta galería sólo estaba separada del salón central por las catorce columnas que sustentaban a éste, de modo que formaban un único recinto, cerrado por tres partes y cuyo frente quedaba descubierta.

La Exposición Regional de 1867, la primera que recibió en Valencia tal denominación, significó un rotundo éxito y, sin duda, la fiesta más notable del Centenario. La afluencia de público fue, ciertamente, masiva, siendo diariamente visitada por tres o cuatro millares de personas, constituyendo por aquellos días el “paseo de moda” de Valencia; por lo que fue objeto de varios y detallados artículos por parte de los diarios de mayor influencia de la ciudad, además de distintas gacetillas.

La sección artística de la exposición fue ahora calificada por la crítica de “gran exposición de esperanzas”, al tiempo que advertía en ella una cierta regeneración de las artes valencianas. En efecto, fue en esta primera Exposición Regional donde se dieron a conocer la mayor parte de los artistas que vendrían a destacar poco después e influir más significativamente en las artes valencianas del último tercio del siglo: los pintores Emilio Sala, Salvador Martínez Cubells, Gonzalo Salvá, Rafael Monleón, Vicente Borrás Mompó, Luis Franco Salinas, José M^a Genovés; los escultores Luis Gilabert y Ricardo Soria; el grabador Ricardo Franch. Sin olvidar, aunque ya habían participado en algún otro certamen: Antonio Muñoz Degrain, José Estruch, Antonio Cortina, Rafael Carbonell y José Gastaldi. Otros, los menos, eran artistas conocidos, como José Brel, Daniel Cortina, José Gallel, Rafael Montesinos, Ricardo Navarrete y Antonio Morata. Pero, sin duda, el artista que mayores esperanzas suscitó fue Francisco Domingo, quizás, como también lo había sido a principios

del siglo Vicente López, y más tarde lo fuese Joaquín Sorolla, el pintor valenciano más imitado y que contó con mayor número de adeptos.

Con el reinado de Amadeo I, Valencia vio nacer una nueva festividad municipal, la Feria de Julio, que desde un primer momento, tal vez como su más importante manifestación cultural complementaria, iba a proporcionar a los artistas la oportunidad, una vez al año, de mostrar pública y colectivamente sus producciones. Dos fueron las Ferias que se celebraron bajo el reinado del duque de Aosta –la de 1871 y la de 1872–, y en ambas hubo lugar para las exhibiciones artísticas. La de la primera Feria, corrió su organización por cuenta de la Academia de San Carlos, ayudada por la Sociedad Económica, y la de la segunda, por esta última, que llegó a levantar un pabellón en el paseo de la Alameda.¹³ Esta exposición de 1872 fue, ciertamente, notable, concurriendo más de cuarenta autores, entre los que figuraron artistas tan importantes como José Benlliure, Ignacio Pinazo, Emilio Sala y Rafael Monleón. La tercera Feria, la de 1873, ya en la República, también contó entre sus festejos con una exposición artística; organizada, al igual que su inmediata antecesora y en el mismo pabellón, por la Sociedad Económica; pero, lamentablemente, los acontecimientos políticos –proclamación del Cantón Valenciano en el mismo mes de julio y posterior bombardeo de la ciudad– fueron completamente adversos, y tanto la exposición como la propia Feria, además de que hubieron de suspenderse, fueron muy deslucidas.

La última exposición que en el siglo XIX organizó la Sociedad Económica de Valencia tuvo lugar en 1883. Se trataba de la segunda Exposición Regional que se celebraba en Valencia, y ambas corrieron por cuenta de la Sociedad Económica. Tuvo como escenario los Jardines del Real y permaneció abierta durante tres meses, desde el 21 de julio hasta el 21 de octubre. En esta ocasión, la exposición no obedecía a ningún motivo especial, sino a un anhelo frustrado por los acontecimientos que se habían desencadenado sobre España y que durante largo tiempo la habían estado afligiendo, volviéndose a pensar, al restablecerse la paz, en repetir un gran certamen que acogiese a la agricultura, la industria y las artes.

El pensamiento se había hecho firme cuando el 24 de enero de 1883, en sesión celebrada por la Junta de Gobierno de la Sociedad Económica, propusieron su presidente, Elías Martínez Gil, y su secretario, Ramón Puchol Ferrer, celebrar próximamente una exposición de agricultura, industria y artes que tuviese el carácter de regional, y que a ser posible fuese más grandiosa que la que tuvo lugar en 1867. La idea despertó pronto entusiastas adhesiones entre los socios de la corporación, cuya Junta de Gobierno pidió la colaboración de algunas personas experimentadas para estudiarla. Al efecto se nombró una comisión numerosa, compuesta por Elías Martínez Gil, Juan Janini, Felicísimo

¹³ Véase *El Mercantil. Diario de Valencia*, 20 julio 1872, p. 1, y “Feria de Valencia”, *Las Provincias*, 20 julio 1872, p. 2.

Llorente Olivares, Julián López Chavarri, José Soriano Plasent, Antonio Martorell y otros, que comenzó de inmediato sus gestiones.¹⁴

Atendiendo a la naturaleza de los productos exhibidos, la exposición se dividió en ocho secciones o grupos, dedicándose el sexto a las “Bellas Artes y sus aplicaciones” y el séptimo al “Arte retrospectivo”. Pero por no estar concluido a tiempo, el pabellón de bellas artes no pudo abrirse sino hasta el día 25 de julio. Para mayor seguridad de las obras que debía contener, se construyó de ladrillo y no de madera como las demás instalaciones. No era, sin embargo, más que un barracón provisional en el que se buscaron las condiciones de capacidad y de luz, habiéndose descuidado, según los observadores, un tanto las de belleza exterior. No pertenecía a ningún orden ni estilo determinados, como era lo habitual; carecía de todo elemento arquitectónico decorativo, y únicamente el epígrafe *Bellas Artes* en su frontispicio, en letras doradas, daba indicios de su objeto.

Constaba el pabellón de tres cuerpos: uno central, más elevado, y dos alas laterales con cubiertas inclinadas: El cuerpo central estaba decorado exteriormente con cuatro estatuas, copias del antiguo, y algunos bustos; ondeando en su cima una bandera blanca y azul. El interior del edificio formaba también tres grandes departamentos: el salón central o antesala, que era cuadrado, y dos salones prolongados, uno a cada lado, recibiendo la luz de modo cenital.

En medio del salón central estaba el modelo en yeso de la estatua de Luis Vives que había ejecutado José Aixa para el patio de la Universidad. Uno de los lados del salón lo ocupaban los trabajos de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes y los cuadros de los pensionados en Roma por la Diputación provincial. Estos últimos eran *El Tribunal de las Aguas* y los retratos de Gabriel Císcar y de Juan de Juanes, de Bernardo Ferrándiz; *El último día de Sagunto*, de Francisco Domingo; una bayadera, un santo en oración, un tocador de laúd y *Guillem Sorolla ante el cardenal Adriano*, de José Fenollera, y *Las hijas del Cid*, *Francisco I en el Grao de Valencia* y una reducción de los *Últimos momentos del rey D. Jaime*, de Ignacio Pinazo. En los otros lados de la antesala estaban expuestas varias fotografías de Jacinto Lozano, Ramón Gallego Romero y Antonio García. En el mismo salón central se encontraban representadas otras industrias artísticas, especialmente religiosas.

El salón de la izquierda contenía la exposición de arte moderno, que contaba con muy buenos cuadros, como algunas marinas de Joaquín Sorolla, aunque en realidad eran pocos los trabajos realizados *ad hoc*; no obstante el público valenciano pudo disfrutar de algunas obras ya conocidas en Madrid que trajeron de la corte algunos artistas valencianos residentes en ella, como Emilio Sala y Salvador Martínez Cubells. Y, por último, el cuerpo o salón de la derecha albergaba una muestra de arte retrospectivo, a la que concurrieron 63 coleccio-

¹⁴ Cfr. “En la Exposición”, *El Mercantil Valenciano*, 22 julio 1883, pp. 2 y 3. Véase también: “Exposición Regional de Agricultura, Industria y Artes”, *Las Provincias. Almanaque para el año 1884*, Valencia, 1883, pp. 219-239.

nistas, permitiendo que un amplio público pudiese admirar juntas por primera vez algunas de las riquezas que contenían los inaccesibles gabinetes privados.

Por lo tanto, entre otras aportaciones de la Sociedad Económica de Valencia a las artes durante el siglo XIX, no debe olvidarse su gran esfuerzo por potenciar la manifestación pública de la obra artística en unos momentos de carencia de espacios expositivos, contribuyendo con ello, en considerable medida, a la educación de unas amplias capas sociales, así como a proporcionar a numerosos artistas la posibilidad de divulgar sus producciones.